



LAS FIESTAS DE LA CRUZ DE MAYO DE 1929

En este año 2020, que todos recordaremos, nuestras fiestas de la Cruz de Mayo se celebrarán de manera muy diferente a como venía siendo habitual. No habrá demostraciones públicas de alegría. Es obvio que dejarán de ser el motivo de reencuentros familiares para los que no residimos en Noblejas. Cada familia, cada persona, las vivirá a su manera dentro de sus casas, amparándose en sus recuerdos y en su fe. Es lo que toca ahora.

Desconozco desde cuándo se convirtieron en nuestras principales fiestas, posiblemente no antes del siglo XVIII. Sí sabemos que la festividad de la Cruz de Mayo se celebra en muchos pueblos católicos, no solo en España, al conmemorar con ella el hallazgo en Jerusalén, el 3 de mayo, de la “verdadera cruz de Jesucristo” por parte de Santa Elena, madre del emperador Constantino, allá por principios del siglo IV. Al menos eso es lo que hemos aprendido. Aunque los hay que buscan su origen antes del cristianismo en la celebración de la fiesta del Árbol de Mayo o Palo de Mayo, algo común en las tradiciones de los griegos, los celtas, los romanos... No sería este el caso de Noblejas, pero sí es significativo que el árbol, convertido en cucaña, haya sido un elemento característico del desarrollo de nuestra fiesta hasta fechas recientes.

Seguro que tenemos recuerdos personales y colectivos vinculados a esos días de mayo tan especiales y tan mágicos. Sobre todo, los que vivimos cuando aún éramos niños. Los programas editados desde hace décadas y las fotografías familiares conservadas nos ayudan a recuperar y datar esas imágenes que permanecen en la nebulosa de nuestra memoria.

Pero, ¿cómo celebraban las fiestas nuestros antepasados? ¿qué elementos permanecen hoy día? No es fácil encontrar respuestas precisas porque escasean los precedentes completos. El más lejano lo hemos encontrado hace noventa y un años, en el diario católico toledano *El Castellano* editado por el Arzobispado de Toledo.

En su ejemplar de 27 de abril de 1929 recogió el programa íntegro de las fiestas de Mayo de Noblejas, y con él una imagen del Cristo de las Injurias en su trono, que recogemos a continuación:

Durante los días 2, 3, 4, 5 y 6 del próximo mayo, se celebrarán en Noblejas grandes fiestas en honor del Santísimo Cristo de las Injurias.

El día 2, a los once de la mañana, disparos de bombas, morteros y cohetes de gran detonación anunciando el festival. Sorprendente entrada, en la Plaza de la Constitución, de la banda de música de Saboya, ejecutándose a continuación obras musicales de actualidad.

A las cuatro de la tarde se repartirán bonos de limosnas para los pobres de la localidad.

A las cinco de la tarde, vísperas a cargo de la Capilla que dirige don Tomás Romo.

A las seis de la tarde, concierto por la referida banda que dirige don Tomás Romo, amenizado con escogidas obras clásicas de las más aplaudidas zarzuelas.

A las nueve de la noche, miserere solemne a gran orquesta.

A las once de la noche, preciosa exposición de fuegos artificiales a cargo del maestro pirotécnico don Eleuterio Díaz, de Recas, amenizada por la banda de música de Saboya, ejecutándose un bonito y selecto repertorio de bailables.

El día 3, a las siete de la mañana, gran diana por la referida banda de música, que recorrerá las principales calles de la población.

A las diez de la mañana, misa solemne con Su Divina Majestad, cantada por la Capilla, oficiando el dignísimo párroco de esta villa, don Matías Heredero, estando la cátedra sagrada a cargo del eminente orador reverendo padre Mariano Benedicto, predicador de sus majestades, teniente mayor de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, de Madrid.

A las cinco de la tarde, concierto por la banda de Saboya que dirige el ilustre maestro Romo.

A las siete de la tarde, grandiosa y solemne procesión del Santísimo Cristo de las Injurias recorriendo las calles que estarán iluminadas y engalanadas con banderas y arcos, hechos los adornos y flores por las señoritas de esta población.

A las once de la noche, cinematógrafo público.

El día 4, a las siete de la mañana, diana por la banda de Saboya.

A las nueve de la mañana misa de sargentos cantada por la Capilla que dirige el señor Romo, predicando el mismo elocuente orador reverendo padre Benedicto.

A las seis de la tarde, gran concierto por la banda que dirige don Tomás Romo, tocando escogidas obras de su repertorio.

Los días 5 y 6, cinematógrafo, cucañas, carreras pedestres, bailes públicos y otras diversiones.

En el Casino del Centro tendrán lugar, en las noches de los días 3 y 4, grandiosos bailes amenizados por la orquesta.

Lo primero que nos habrá llamado la atención de esta programación es la ausencia de actos en el día uno.



Por entonces el primero de mayo era un día laborable. Su consideración de festivo en toda España se produjo dos años después por decreto del Gobierno de la República, de 22 de abril de 1931, con el que quiso solemnizar la celebración del "Día del Trabajo".

Como hemos visto, el programa de las fiestas de 1929 era muy variado. Muchos de los elementos descritos siguen formando parte de su celebración en la actualidad y, además, en los mismos días. La pólvora del día 2, la misa y procesión solemne del día 3, las dianas y conciertos de la banda... Lo más llamativo pueden ser las sesiones de cine gratuitas que se hacían en la plaza pública. Una incluso el día 3, a las once de la noche, después de la multitudinaria procesión. Esas funciones todavía se programaban en la década de los sesenta del siglo XX. Solo tenías que coger una silla de casa y acudir con ella a la plaza buscando un buen sitio, si no querías ver la película sentado en el suelo. Las escenas se proyectaban sobre una gran pared blanca, rota solo por una pequeña ventanita, situada frente al ayuntamiento. En esa fachada, siendo niños, vimos galopar a magníficos caballos mientras sus jinetes disparaban con sus revólveres a los indefensos indios... El sonido del tiroteo resonaba por toda la plaza. Vivir esa experiencia era sobrecogedora máxime cuando muy pocos teníamos una radio en casa y aún menos un televisor.

En el mismo diario, en su número del 14 de mayo de 1929, se incluyó una crónica que resumía el desarrollo de los actos programados. De esta forma tenemos una visión más completa porque nos cuenta lo que realmente ocurrió. El texto está firmado por Luis Moraleda, director-delegado de *El Castellano en Ocaña*, que lo publicó bajo el título de "Las fiestas de Noblejas". Su tenor es el siguiente:

De grandiosas y verdaderamente solemnes podemos calificarlas, aunque faltó el número obligado de todas ellas: los fuegos artificiales. Hasta la naturaleza se puso de nuestra parte para darlas mayor lucidez y esplendor, haciendo un paréntesis los fríos y nebulosidades del cielo.

Por ello nada nos extrañó que la procesión fuera tan lucida, no solo por los centenares de velas que en manos de sus devotos formaban dos interminables filas, precediendo a la milagrosa efigie del Crucificado, sino por la inmensa afluencia de los pueblos comarcanos, Ocaña, sobre todo.

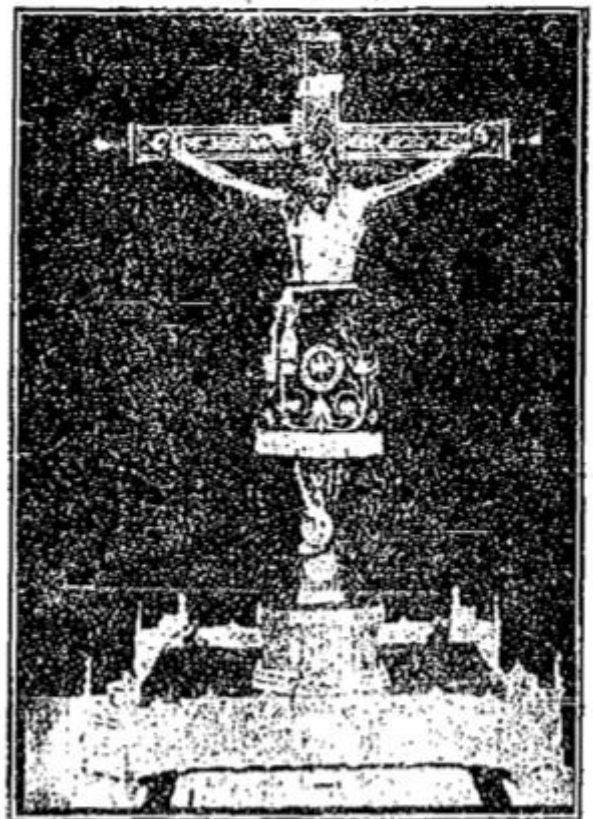
Colocada sobre sus artísticas y valiosas andas de plata, recorrió las principales calles del pueblo, perfectamente iluminadas y con gallardetes y arcos muy bien adornados, bendiciendo a sus hijos de Noblejas y a todos sus devotos de fuera. Precedió a su salida del templo parroquial la tradicional subasta, que alcanzó una muy considerable cifra de pesetas, ascendiendo a mil catorce las recogidas en andas al hacer su entrada en la iglesia.

Rayó a gran altura el orador Rvdo. D. Mariano Benedicto, predicador de su majestad, en los sermones de los días 3 y 4, en los que cristalina y diáfananamente expuso con la elocuencia en el acostumbrada, diversos puntos doctrinales que tantísima falta hacen, dada la ignorancia religiosa que a los tiempos que corremos caracteriza. A las muchas y merecidas felicitaciones que recibió una la nuestra.

En la solemne misa con exposición de Su Divina Majestad, ofició de preste nuestro dignísimo señor cura párroco, asistido por el señor coadjutor y por el hijo del pueblo don Ángel Alonso Peral, que en el día 4 cantó la misa de "sargentos". Actuó de maestro de ceremonias el capellán castrense don Bernardo M. Recio, que de tantas simpatías goza en éste.

La Capilla que actuó en los diversos actos religiosos, interpretando la misa de Bordese, el "miserere", y las "vísperas", de Caballero, y diversos motetes de verdadera inspiración y belleza, cumplió su cometido. ¡Pocas voces para tanto metal!

La banda de Saboya mereció elogio completo porque puede competir con cualquiera de las buenas, no ya por su repertorio sino por la afinación acabada e in-



El Santísimo Cristo de las Injurias, milagrosa imagen, muy venerada en Noblejas, en cuyo honor se celebran grandes fiestas los días 2 al 6 de Mayo inclusive.



superable ejecución que pregonan la interpretación magistral de cuantas obras ven sus atriles.

El concierto de la tarde del día 4, a base del pasodoble de Franco "Con Garbo", de la fantasía de la "Ciudad eterna", de Granados; de la mazurca "El último romántico" de Soutullo y Vert; de la selección de "La granjera de Arlés", de Rosillo, y de la jota "El celoso extremeño", de Barrera, fue una cosa estupenda en toda la extensión de la palabra.

¡Qué lástima que para los más dados a discusiones, conversaciones altas y risoteos fueran tales obras "margaritas echadas a puercos", y que a los menos no nos dejaran "oír" a nuestro gusto!

Las sesiones de cine se vieron concurridísimas. Como que solo costaba asomarse a la plaza. El ya famoso Más, operador de la comarca, hizo pasar buenos ratos con sus ocurrentes y tradicionales explicaciones de las buenas películas que puso ante la pantalla. Con la última de ellas se puso fin a los festejos.

La becerrada del día 5 fue un derroche de humorismo, derisivo sobre todo de... miedo. ¡Y eso que el becerro era una cabrita inofensiva, como demostró varias veces!

Los nuevos presidente, capitán y tesorero de la Hermandad de "Sargentos" para celebrar la toma de insignias, verificada antes de la misa del día 5, llevaron a sus respectivas casas, acabada la función religiosa y para obsequiarles, a las autoridades, clero, vocales entrantes y salientes, músicos e invitados particulares.

Fue el primer obsequio servido con toda esplendidez y abundancia en casa de don Epifanio Rodríguez, por haber pasado la tesorería de sus manos a las de su simpático hijo Epifanio, quien en unión de los suyos hizo los honores de la casa; a los acordes de un airoso pasodoble nos trasladamos a casa del ex diputado a Cortes, don Adelaido Rodríguez, quien ayudado por su hijo Julián, nuevo presidente, y por sus hermanos políticos don Jaime y doña Margarita Palomino, atendió y obsequió a todos haciendo gala de la más exquisita y fina llaneza. Nos hizo saborear vinos de exquisito bouquet, elaboración de la casa y aspirar el humo de sendos cigarros.

El número final de los obsequios le vimos en la señorial mansión de don Florentino Escobar. Vinos y licores de todas las marcas, bandejas de dulces y cajas de brevas especiales adornaban la larga mesa en espera de los invitados a quienes sirvieron y obsequiaron con la distinción y delicadeza ya proverbial en la casa de los señores de Escobar.

No consignamos nombres de los numerosos huéspedes del bello sexo ni del fuerte porque necesitaríamos espacio que no disponemos; basta dejar consignado que lo más bello y simpático y lo más principal y distinguido de los vecinos de Ocaña, Villarrubia, Villatobas y Ontígola, los hemos tenido entre nosotros.

El elemento joven de propios y extraños consagró a Terpsícore buenos ratos de los varios días dejando altamente satisfechos a todos, por el orden y compostura que reinó en ellos "a la nueva Junta" de la Hermandad, cuyos nombres ya dimos en otro número y que está integrado por elemento joven y pudiente, les deseamos grandes iniciativas y acierto para las del año venidero.

Como acabamos de ver, la crónica periodística nos da cuenta de la preocupación por el tiempo, algo habitual siempre en nuestras fiestas, dada su ubicación en el calendario anual, y de la suspensión de los fuegos artificiales, también nada infrecuente. Los detalles con los que se describen las ceremonias religiosas están en consonancia con la ideología del diario en el que se recogen. Destacamos todo lo relativo a la procesión. La mención de la subasta, del dinero arrojado sobre las andas durante el trayecto, del recorrido por calles determinadas adornadas con arcos y gallardetes... forman parte de una tradición muy propia. No está de más indicar ahora que el alumbrado eléctrico llegó a nuestras vías públicas en 1904 aunque antes el Ayuntamiento mantenía iluminadas las más principales con faroles de petróleo. Así era al menos desde 1891.

Volvamos a las fiestas. El periodista se detuvo especialmente en los conciertos de la banda incluyendo el título de las piezas, con los nombres de sus autores, que se tocaron el día cuatro, en la corrida del día cinco y en los bailes de los jóvenes (*Terpsícore* es la diosa de la danza). Y también describió muy bien los aspectos lúdicos del cambio entre las juntas saliente y entrante. Sus integrantes eran los más ricos de Noblejas con fortunas que tenían su origen en la industria del vino.

Las fiestas terminaron con la proyección de la película de cine en la noche del día seis. Esas proyecciones cinematográficas dejarían de ser incluidas en las programaciones de nuestros festejos avanzada la década de 1970, conforme se fue extendiendo el uso de los televisores por los hogares españoles. Pero las imágenes eran en blanco y negro. Los caballos no corrían igual ni los disparos llegaban tan lejos. Además, pronto un empresario local acondicionó un local para ofrecer cine de verano.

Pocos años antes del fin de la Dictadura, todavía la cucaña se colocaba en la plaza, delante del kiosco o templete central utilizado por la banda de música para dar sus conciertos. Ver situar verticalmente ese poste de madera hasta anclarlo ya era un espectáculo. Es posible que midiera más de diez metros de altura y su radio en su parte más ancha, la inferior, fuera de unos 35 cm. O así lo recuerdo. En la parte más alta tenía colocado un anclaje metálico del que colgaba un jamón o algún otro embutido. Muchos jóvenes miraban el premio, pero pocos eran los que se atrevían a intentar subir, dado que su superficie había sido untada generosamente con jabón o grasa. Lo normal era ver



avanzar al aspirante apenas unos metros hasta que el incauto resbalaba, volviendo de nuevo a su base. Todos los fallidos intentos provocaban risas entre los que contemplaban esa “actuación” tan popular y tan barata. Pero al final siempre había alguien que conseguía trepar hasta arriba causando admiración por su habilidad no exenta de peligro. Había conseguido el jamón. Y este no era un producto de consumo tan habitual como lo es hoy.

Posiblemente ahora tampoco estaría bien visto el tren de la bruja que era, sin duda, la atracción más popular y que recuerdo instalado en la actual plaza de la Magdalena. Los padres podían montar con sus hijos en los pequeños vagones sujetos a una locomotora cansada de dar vueltas siempre por el mismo sitio. La bruja o brujas (a veces había varias) iban disfrazadas con caretas aberrantes y con vestidos ridículos. Solían estar en buena forma por lo que generalmente eran jóvenes, casi siempre varones, disfrazados de ese modo tan peculiar. Los niños nos acercábamos al tren con miedo y con deseo. Si lo último ganaba, nos montaríamos. Si no era así, los lloriqueos y el berrinche demostrarían a nuestros mayores que no queríamos estar allí. A veces, antes de tomar el tren, llegábamos a conocer quién era la bruja si el joven feriante se levantaba la careta para poder respirar mejor. Y esto ayudaba.

Pero, qué nos podía pasar si estábamos al lado de nuestro padre o de nuestra madre. Pronto lo descubriríamos. Nada más iniciar el tren su marcha, enseguida se introducía en un túnel, casi a oscuras, en el que la poca iluminación existente resaltaba la presencia de calaveras, esqueletos, fantasmas... En determinados huecos de esa parte del trayecto estaba escondida una de las brujas que aprovechaba el momento de paso para darnos con su escobilla. Enseguida llegábamos a la zona abierta. Allí era más difícil que nos sorprendiera.

Los niños que esperaban a subir a la atracción nos contemplaban intentando ver en nuestros rostros alguna pista de lo que les esperaba. Otros solo podían mirar e imaginar el misterio que había en el túnel del tren de la bruja ya que no tenían dinero para subir en él.

Cuando el tren había dado varias vueltas, lo normal es que la bruja y los pasajeros ya se “conocieran” y, entonces, simplemente ésta iba de vagoneta en vagoneta repartiendo escobillazos que solo provocaban risas. Nadie resultaba herido. Y cuando el convoy se paraba, el objetivo estaba logrado. Los miedos habían desaparecido. Nos habíamos divertido. Aunque tal vez esa noche soñáramos con esqueletos y fantasmas.

Otra de las atracciones que más me llamaba la atención era la de las barcas. El feriante que la traía solía colocarla frente al bar Reloj, muy cerca de la entrada principal de la Ermita. El artefacto disponía de cuatro barcas realizadas en madera. No había nada eléctrico. El movimiento se conseguía con la fuerza coordinada de las dos personas que se montaban en cada una de ellas. Era una atracción para jóvenes, muy apropiada para parejas de novios en las que el varón quería demostrar su fortaleza. El tiempo de duración lo determinaba el feriante casi a ojo. Bastaba con que levantara, presionando con su pie, una especie de zapata, también de madera pero protegida por goma de neumático, para que el rozamiento con ella de la parte inferior de la barca provocara su paulatina desaceleración. Este sistema también lo utilizaba si los “barqueros” en su fogosidad llegaban a alcanzar alturas en los que podía peligrar su integridad.

Esta atracción ha desaparecido casi por completo en la actualidad al ser sustituida por “barcas” mucho más grandes en las que caben decenas de personas que solo tienen que preocuparse de no marearse ante el movimiento continuo logrado por medios eléctricos.

No me voy a detener en los caballitos ni en los coches eléctricos, ni en otras atracciones más conocidas, pero sí quiero mencionar a algunos de los puestos que se colocaban a ambos lados de la calle Mayor. Me llamaba mucho la atención el que ofrecía sencillos premios siempre que consiguieras alcanzarlos mediante disparos utilizando escopetas de perdigones. Entre la punta del cañón y la diana no habría más de un metro. Parecía muy fácil. Pero el feriante ya se había encargado de que el arma no estuviera bien calibrada. Todos los fallos que teníamos eran ganancias para él. A veces había que dar a un palillo puesto en posición vertical.





Y otras dar a un chicle “bazooka”, tan duro que costaba su tiempo mastcarlo.

También era habitual el feriante que rifaba cubiertas, juegos de copas... entre los asistentes que compraban sus tiras de números. Para atraer al público repetía unas determinadas frases con una cadencia muy propia ayudándose de un altavoz que siempre llevaba sujeto a una de sus manos. Cuando había vendido suficientes números, procedía al sorteo. Y no era extraño que el premiado optara por un inmenso muñeco de peluche o por una enorme muñeca si estaba acompañado de su pareja. Entregado el premio, el feriante iniciaba de nuevo la captura de más aventureros. Por cierto, siempre me he preguntado sobre el destino final de esos enormes peluches.

Los sonidos de los feriantes reclamando la atención del público que deambulaba por las zonas concurridas, los olores característicos de los puestos que vendían alimentos, las conversaciones de los adultos, las risas y llantos de los más pequeños... Todo se mezclaba creando un universo único en el que la felicidad aumentaba en la medida en que hubieras reunido más o menos dinero de tus padres, tus abuelos, tus tíos... para esos días especiales del mes de mayo.

Se que se me han olvidado muchas cosas. No he hablado del reparto gratuito y sin medida de vino y de zurra para todos los visitantes, merced a unas cubas que se colocaban debajo del templete. Los porrones rellenos de estos líquidos pasaban de mano en mano casi sin control por lo que los casos de embriaguez no eran inusuales. Tampoco me he referido a los concursos sobre quién tenía la cabeza más grande. Cada uno cuenta la feria según le va. Y a mí, cuando ya fui un poco más mayor, me tocaba trabajar en el Casino o en el bar de Miguelín sirviendo raciones de calamares, de gambas cocidas y a la plancha, de callos, de caracoles, de boquerones en vinagre..., junto con cañas o cortos de cerveza, mirindas o fantas, a los muchos que celebraban las fiestas con sus familias, amigos o parejas en estos establecimientos.

Lo que sí recuerdo fue un año en el que unos jóvenes comprometidos colocaron una sencilla barra de bar en la plaza para conseguir dinero con el que comprar una ambulancia que necesitaba el municipio. Los noblejanos que se ponían enfermos y tenían que ir urgentemente a Toledo carecían de ese servicio. Y lo lograron. La ambulancia fue una realidad. Empezaban otros tiempos. ■